

Era ya tarde y sobre la prisa que deambulaba chocante dentro del corredor del noveno piso; centelleaba una luz almíbar como de un cántaro seco, enredando el eco y reteniendo el aliento de los que no sabían sobre su existencia hoy extinta.

Una veintena, talvés una treintena; pero de seguro menos de una hora y el intelecto quedó hueco por la espera; y la mirada otrora con vida decidida: murió como la tarde, sola. Respiré profundo e intenté recordar el por qué de tanto moho en la víspera del cristal; me arrodillé sobre la izquierda y recogí un dado de los que busca el hechicero de los dientes de ají; ennegrecido de tanto resistir las botas de los que tienen la razón cuando te cogen por el cuello; y lo guardo breve como quien no ha visto nada nuevo sobre el piso de cal en el que me movía; era de seguro la hora de desvanecerme y como si nada: retiré mi armadura de allí.

Escaleras abajo me topé con Eva; la que tiene el deseo de Adán entre sus piernas; pero hoy no sé por qué: ni su pelo de jardines nuevos, ni sus ojos de agua santa; pueden entretener mi ego o tan siquiera detener mi vuelo, estoy absorto, huelo a rancio, me divido y me disuelvo sobre su mirada y sus deseos; y agrieto un botón de su espera para desencajarme lejos como aquel que retiene la sombra porque no la ve en primavera; yo también podía morir.

Mi pasar era pesado y seguro incómodo para algunas ciencias, evitaba la llovizna que acelera mis neuronas si la tocan; y en la esquina del séptimo piso recordé que no tenía sentido; haber sido yo el que recogiera el dado o el que no hablara con Eva para no ser descubierto; pues era muy sencillo dejarlo todo como estaba y seguir mi rumbo hacia Fronación en el primer ascensor que cogiera; eso que deseaba hacer y no hice por egoísta o patriota sin sueldo.

Del otro lado de la mente estaba sentando razones y por qués a la soledad de mi vida, cuando despertó en mi réquiem una señal de hipocresía que venía seguido de un “hola” traicionero y pandillero; de una colmena de problemas a la que le dicen Rubí. Aquella tenía porte y estatura para ser llamada como esa piedra; bajé a contar sus pañuelos y descubrí que no llevaba interiores, debí saber de antemano que la escritura divina estaba con los fuertes.